



FRAGMENTOS DE CRÍTICA

ACERCA DE UN LIBRO POLÍTICO ESCRITO POR UNA MUJER

Diciembre de 1819

I



L Bailío Molino preguntaba un día al famoso Ahmed bajá por qué Mahoma prohibía beber vino á sus discípulos: «¿Por qué nos lo prohíbe?—exclamó el vencedor de Candía;—para que hallemos mayor gusto al beberlo.» Y en efecto, la prohibición sazona y salpimenta el manjar. Es lo que da punto á la salsa, dice Montaigne; y, desde Marcial, quien cantaba á su amada: *Galla, nega, satiatur amor*, hasta aquel gran Catón, que echó de menos á su mujer cuando dejó de ser suya, no hay ningún punto acerca del cual los hombres de todos los tiempos y lugares se hayan puesto de acuerdo más fácilmente, demostrándose verdaderos y dignos hijos de la buena Eva.

No quisiera yo que se prohibiese á las mujeres el derecho de escribir; sería el verdadero medio, en

efecto, de hacer que todas cogiesen la pluma. Al contrario, quisiera que se les diese orden de hacerlo expresamente, como á esos sabios de las universidades de Alemania, que inundaban á Europa con sus doctos comentarios, y de quienes no ha vuelto á oirse hablar desde que se les intimó que hubiesen de escribir á lo menos un libro al año.

En efecto, es cosa notable y poco notada, el progreso sorprendente según el cual se ha desarrollado desde hace algún tiempo el espíritu femenino. En la época de Luis XIV, se tenían amantes y se traducían á Homero; durante el reinado de Luis XV, sólo se tenían amigos, y se comentaba á Newton; en el de Luis XVI, se halló á una mujer que corregía á Montesquieu en una edad en la cual sólo se saben hacer trajes de muñeca. Pregunto: ¿dónde estamos? ¿á dónde vamos? ¿qué nos anuncian esos prodigios? ¿cuáles son las nuevas revoluciones que se preparan?

Hay una idea que me atormenta, idea que nos ha ocupado á menudo, á mis viejos amigos y á mí, idea tan sencilla, tan natural, que me sorprende no verla discutida en un siglo en que parece que se ocupan en todo, y cuando los espumadores de pueblos se ven reducidos á expedientes.

Pensaba, digo, viendo esa emancipación gradual del sexo femenino, en lo que podría acontecer si alguna cabeza firme tuviese el capricho de echar en la balanza política á esa mitad del género humano, que hasta aquí se ha contentado con reinar junto al hogar y en otras partes. Y, además, ¿no podrán llegar á cansarse las mujeres de seguir siempre el destino de los hombres? ¿Gobernamos nosotros bastante bien para arrebatarles la esperanza de gobernar mejor? ¿Aman ellas, acaso, tan poco la dominación para que podamos razonablemente esperar que no la deseen

jamás? En verdad, cuanto más medito más veo que estamos sobre un abismo. Es verdad que tenemos de nuestra parte los cañones y las bayonetas, y que las mujeres nos parecen sin grandes medios para la rebelión. Eso os tranquiliza, y á mí es lo que me espanta.

Conocida es la inscripción colocada por Fonseca en el camino de Torre del Greco: *Posteri, posteri, vestra res agitur!* Torre del Greco no existe; pero la piedra profética está aún en pie.

Así es como escribo estas líneas, con la esperanza de que serán leídas, si no por mi siglo, tal vez por la posteridad. Es bueno que cuando hayan ocurrido las desgracias que preveo, nuestros descendientes sepan que, en esta nueva Troya, existía una Casandra, oculta en un desván, calle Mézières, núm. 10. Y si fuese preciso, después de todo, que hubiese de ver con mis propios ojos á los hombres convertidos en esclavos y el universo convertido en huso, podré á lo menos vanagloriarme de mi sagacidad; y, ¿quién sabe?, quizás no seré el primer hombre honrado que se habrá consolado de una calamidad pública pensando en que la había predicho.

II

La política, decía Carlos XII, es mi espada. Es el arte de engañar, pensaba Maquiavelo. Según la señora de M***, sería el medio de gobernar á los hombres por la prudencia y la virtud. La primera definición es propia de un loco, la segunda de un malvado; únicamente la de la señora M*** es de un hombre honrado. ¡Lástima que sea tan vieja y que se haya aplicado tan rara vez!

Después de haber establecido esta definición, la

señora de M*** expone el origen de las sociedades. Juan Jacobo las hace comenzar por un plantador de estacas, y Vitrubio por un gran viento, probablemente porque el sistema de la familia era demasiado sencillo. Con ese buen sentido de la mujer, superior al genio de los filósofos, la señora de M*** se contenta buscando el principio en la naturaleza del hombre, en sus afectos, en su debilidad, en sus necesidades. Todo el escrito denota en su autor mucha erudición y sagacidad. Es curioso ver como una mujer cita sucesivamente á Locke y á Séneca, el *Espiritu de las leyes* y el *Contrato social*; pero lo que es más notable todavía, es el acento de buena fe y de razón al cual estábamos poco acostumbrados, y que contrasta tan extrañamente con el tono arrogante y salvaje que han adoptado desde algún tiempo acá los preceptores del género humano.

El autor, siguiendo la marcha de las ideas, se ocupa después en los jefes de las sociedades. Se ha escrito mucho acerca de los deberes de los reyes, mucho más que acerca de los deberes de los pueblos. Ha ocurrido con los retratos de un buen soberano como con esas pirámides puestas en las orillas de los caminos, en Méjico, á las cuales cada viajero se creía en el deber de llevar su piedra. No hay vulgar escritor que no haya querido borrar á su vez acerca del amo de las naciones. Diríase que los mismos filósofos estudiaron para inventar nuevas virtudes á fin de imponerlas á los príncipes, probablemente porque los príncipes están expuestos á mayores debilidades que los demás hombres, y como si presentarles un modelo inimitable no fuese por eso mismo dispensarles de llegar á él. La señora de M*** no cae en ese error. Reconoce que un monarca puede ser bueno sin poseer por eso cualidades sobrehumanas. No emplea tampoco el ideal de una monarquía perfecta para mortificar á

las monarquías existentes, y, además de las existentes, para atacar á la monarquía en sí misma, gran petición de principio sobre la cual ha girado toda la filosofía del siglo XVIII. El autor cita, como conteniendo todas las obligaciones de un soberano, la instrucción que recibió Gustavo Adolfo de su padre. La historia menciona varias instrucciones semejantes dejadas por reyes á sus sucesores; pero ésta es notable, porque quizás es la única á la cual se haya conformado el sucesor. He aquí algunos párrafos:

«Que emplee todas sus agudezas é industrias en no dejarse engañar y en no engañar.

»Que sepa que la sangre del inocente vertida y la del malo conservada claman igualmente venganza.

»Que no aparezca nunca inquieto ni triste, sino cuando muera alguno de sus buenos servidores ó cuando haya cometido alguna falta.

»En fin, que en todos sus actos se conduzca de tal suerte que no le niegue Dios.»

Carlos IX, en esa instrucción, pasa ligeramente sobre el peligro de los aduladores. Quizás los reyes no experimentan tanto sus inconvenientes como sus mismos súbditos. Quizás sería también para Montesquieu ocasión de indicar su teoría del clima, especie de llave falsa que le sirve para abrir la cerradura de todos los problemas de la historia. Aproximándose al Mediodía, diría son más frecuentes los ejemplos del favoritismo; bajo el cielo enervador de Asia y de Africa, los príncipes reinan rara vez por sí mismos; por el contrario, en los pueblos del Norte el clima es tónico, vemos muchos más tiranos que favoritos. Pero quizás esta observación se desvanecería si estuviésemos mejor instruidos en su historia. ¡Estamos tan predispuestos á convertirlo todo en ciencia, hasta nuestra propia ignorancia!

Hay en uno de nuestros viejos manuscritos del

siglo XIII, atribuido á Felipe de Mayzières, un pasaje que puede servir de complemento á la instrucción del monarca sueco. He aquí en qué forma habla la reina Verdad á Carlos VI en el *sueño del viejo peregrino que se dirige al halcón blanco de pico y pies dorados*:

«Guárdate, hermoso hijo, de esos caballeros que acostumbran desplumar á los reyes por sutiles prácticas, que van recitando á menudo el proverbio del mariscal Bouciquault, diciendo: No hay pescador más que en el mar, ni donativo más que de rey; y te harán valiente y generoso como Alejandro, llevando de ti tanta agua á su molino, que bastaría para treinta y siete molinos, que las dos partes del día están ociosos, etcétera.»

Cito este pasaje: 1.º, porque demuestra que en aquellos tiempos góticos no se hablaba á los reyes con tanto servilismo como quieren hacérselo creer; 2.º, porque da el origen de un proverbio, cosa que puede ser útil á los anticuarios; 3.º, porque puede servir para resolver una cuestión hidráulica, demostrando que los molinos movidos por agua existían ya en 1389, cosa siempre buena de saber para los que ignoran que los molinos impulsados por agua existen desde tiempo inmemorial.

III

Después de haberse ocupado de las sociedades en general, la señora de M*** consagra un capítulo á la guerra, es decir, á la relación más ordinaria de las sociedades humanas entre sí.

Ese capítulo debía ofrecer muchas dificultades para una mujer. La señora de M***, como en lo demás de su obra, ha demostrado conocimientos poco comunes; establece con mucha fortuna la distinción

entre las guerras permitidas y las injustas; coloca con razón, entre estas últimas, á todas las empresas de conquista.

«Hay una diferencia entre los conquistadores y los ladrones de camino real, ha dicho un autor notable citado por la señora M***, que el conquistador es un ladrón ilustre y el otro un ladrón obscuro; uno recibe laureles é inciense como recompensa de sus violencias, y el otro es ahorcado». Era preciso ser filósofo para escribir esas líneas con la misma mano que firmó la toma de posesión de Silesia.

Llegada al famoso axioma «que el dinero es el nervio de la guerra», axioma que la señora de M*** atribuye á Quinto Curcio, pero que hallará igualmente en las obras de Vegecio, en las de Montecuculli y las de Santa Cruz, así como en todos cuantos autores han escrito acerca de la guerra, la señora de M*** se para. No es el dinero, dice, sino el hierro. Convenido; no se baten las gentes con monedas, sino con soldados; la cuestión se reduce á saber si es más fácil tener soldados sin dinero que con dinero. El primer medio será más económico. No parece, sin embargo, que fuese del agrado de Sully.

Leía yo últimamente en Grocio la definición de la guerra: «La guerra es el estado de los que procuran resolver sus diferencias por medio de la fuerza.»

No cabe duda de que esta definición es igual á la del duelo.

Pero ¿se ha dicho á los duelistas, vais á la muerte riendo, os batís por pura diversión? Ha ocurrido exactamente lo mismo con la guerra. Antes de la revolución se degollaban con mucha cortesía. El gran Condé hace dar el asalto de Lérida, llevando treinta y seis violines al frente de las columnas; y en los campos de Ettingen y de Clostersevern, más de un oficial mar-

chó hacia las baterías como al baile, con medias de seda y peluca empolvada.

Rousseau, el Don Quijote de la paradoja, tuvo un día el capricho de defender, de sostener una verdad. Eso era para él cosa nueva. Obró como si tratase de una mala causa, fué en busca de autoridades; como lo hacen los que no hallan buenas razones. Así es como tratando del duelo citó á los antiguos. Es probable que Rousseau no había leído á Quinto Curcio. Hubiera visto que en casi todos los festines de Alejandro había combates singulares entre los comensales. ¿Qué fué, por otra parte, el combate entre Eteocles y Polinice? Y en la *Iliada* ¿es probable que si Minerva no hubiese cogido á Aquiles por las orejas, Agamemnón hubiese dejado su espada sin desenvainar?

Pero, se dice ¡los filósofos, los griegos! ¡Ah, los griegos! Es cierto que los griegos no se batían como nuestros abuelos, con jueces y padrinos, según vemos en La Colombière; pero ¿queréis saber lo que hacían respecto de ese punto aquellos griegos cuyo ejemplo se nos cita con tanta frecuencia? Los griegos hacían más y mejor, asesinaban. Leed, por ejemplo, á Plutarco en la vida de Cleomenes. Se mataba al hombre á traición; eso no tenía la menor consecuencia. Se le preparaban celadas, decía tranquilamente el historiador; casi como diríamos hoy: Se lo había jurado.

De ahí, ¿qué consecuencia puede sacarse? ¿Que apruebo el duelo? Al contrario; es únicamente una de las mil inconsecuencias humanas que me complazco en señalar; ocupación filosófica. Hay quien se sorprende de que la ley no prohíba el duelo; lo que me sorprende es que no lo haya autorizado todavía. ¿Por qué, en efecto, nuestras tonterías no han de lograr, como nuestros vicios, derecho de existir pagando contribución? Y ¿no es injusto, de veras, prohibir á los duelistas lo que se permite á tantas personas honradas,

sustraerse al código, ocultándose ó refugiándose en el presupuesto?

IV

Si no hay sociedad sin guerra, es difícil que haya guerras sin ejército. Por eso está plenamente justificada la señora de M***, entregándose en el capítulo siguiente á explicar los pormenores de un campamento. La señora de M*** es, según creo, el primer autor de su sexo que se haya ocupado en esa materia después de la *caballera* d'Eon; no es esto que yo quiera establecer comparación entre la señora M*** y la amazona del siglo anterior; es sencillamente una aproximación bibliográfica, y subsiste mi observación.

La señora de M***, como todos los autores militares, se muestra muy partidaria de la obediencia absoluta; esa cuestión ha sido discutida á menudo por los filósofos, y se ve perfectamente resuelta todos los días en el llano de Grenelle.

Hay, respecto de esta cuestión, una opinión de Hobbes que la señora de M*** hubiera debido citar, y que no deja de ser singular: «Si nuestro amo, dice, nos ordena un acto culpable, debemos ejecutarlo, salvo el caso de que ese acto no pueda considerarse como nuestro.» Es decir, que Hobbes, como regla de las acciones humanas, no admitiría más que el egoísmo.

La señora de M*** refiere, según Folard, algunas de las cualidades que debe poseer un buen capitán. En cuanto á mí, temo esas definiciones tan perfectas en virtud de las cuales sólo habría excepciones en la naturaleza. Es cosa espantosa ver la nomenclatura de los estudios preparatorios á que debe entregarse un aprendiz de general; pero, ¿cuántos generales excelentes ha habido que no sabían leer? Parece que la

primera condición, la condición *sine qua non* de todo hombre que se dedica á la guerra, sería tener buenos ojos, ó á lo menos estar robusto y bien dispuesto. Pues bien; muchísimos grandes guerreros fueron tuertos y cojos. Filipo era tuerto, cojo y manco; Agesilao era cojo y contrahecho; Aníbal era tuerto; Bayaceto y Tamerlán, los dos rayos de la guerra de su tiempo, uno era tuerto y el otro cojo; Luxemburgo era jorobado. Hasta parece que la naturaleza, para desconcertar todas nuestras ideas, haya querido mostrarnos el fenómeno de un general enteramente ciego dirigiendo un ejército, alineando sus tropas en orden de batalla y logrando victorias. Tal fué Ziska, jefe de los husitas.

V

¡Historiadores! ¡Historiadores! ¡Fabricantes de énfasis! Amigos míos, no les creáis.

El Senado camina delante de Varrón que ha huído de la batalla, y le está reconocido por no haber perdido la confianza en la república... ¿Qué prueba eso? Que el bando que había hecho nombrar á Varrón general, para quitar el mando á Fabio, fué bastante poderoso para impedir que se le castigase. Quería que se le nombrase dictador, para que Fabio, único hombre que podía salvar á la república, no fuese puesto al frente de los negocios públicos. Todo es desgraciadamente muy natural, aunque no sea heroico. ¿Créese, por ejemplo, que después de la derrota de Moscou, si Buonaparte lo hubiese querido, todo su Senado no habría salido á recibirle en cuerpo?

El Senado declara que no rescatará á los prisioneros. ¿Qué prueba eso? Que el Senado no tenía dinero. Hizo como tantas otras personas honradas que no son

romanos; fué duro, para no parecer pobre. ¿Podía acaso acusar como cobardes á soldados que habían peleado desde que salió el sol hasta la noche, y que sólo habían dejado setenta mil muertos en el campo de batalla? He ahí los hechos, y en materias históricas los hechos valen por lo menos tanto como las frases.— Leed todo esto en la obra de Folard.

Se opondrá el testimonio de Montesquieu. Montesquieu ha escrito un hermoso libro acerca de las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos; pero olvidó una, y es que la caballería de Aníbal tuvo las piernas cansadas el día en que fué á acampar á cuatro millas de Roma. Siempre es curioso ver como un francés halla en los romanos cosas que ni Salustio, ni Cicerón, ni Tácito, ni Tito Livio supieron jamás; y, sin embargo, los romanos eran algo parecidos á nosotros; en materia de elogios y de buena opinión de sí mismos, dejaban poco que decir á los demás.

Los historiadores que sólo escriben para brillar, quieren ver en todas partes crímenes y genios; necesitan gigantes, pero sus gigantes son como las girafas, grandes por delante y pequeñas por detrás. En general es cuestión divertida la ocupación de investigar las verdaderas causas de los acontecimientos; queda uno sorprendido al ver el manantial de donde brota el río; recuerdo aun la alegría que experimenté en mi infancia, viendo que en su punto de partida, poniendo un pie en cada orilla, pasaba el arroyo que forma el Ródano por debajo de mí. Me parece que hasta la Providencia misma se complace en ese contraste entre las causas y los efectos. La peste fué llevada una vez á Italia por una corneja, y disecando un ratoncillo fué como se descubrió el galvanismo.

Me da asco, decía una mujer, pensar que lo que estoy viendo llegará un día á ser historia. Pues bien,